

La joven se sentó entre los dos hermanos y dijo desenvolviendo lentamente una labor que, por las trazas, parecía no haber visto la luz desde hacía muchos años, y acomodándose bien en su sillón:

—¿Habéis encendido fuego?... ¡Qué buena idea... qué bien se está aquí!...



XII

Desde entonces se estableció una larga y asidua correspondencia entre los principales personajes de esta historia. Aquí publicaremos únicamente las cartas necesarias para la buena hilación de los acontecimientos.

La señora de Lorris al señor Rias, en Paris.

«Trouville, 23 agosto.—Querido señor: Ayer, después que usted se marchó, su esposa tuvo la feliz idea de venir á hospedarse en mi casa hasta que vuelva su madre. ¿Le parece á usted bien?»

El señor Rias á la señora de Lorris.

«Querida señora: Me parece excelente.»

La señora de Lorris al señor Rias.

«Me anima usted... ¿Me permite usted decirle una última indiscreción?»

El señor Rias á la señora de Lorris.

«Cuanto más indiscreta sea usted, más me agradará.»

La señora de Lorris al señor Rias.

«¡No sé qué decirle! Pero, sea como fuere, empiezo. Querido primo: no he sido tan insensible, como parece, al galante reproche que me dirigió us-

ted la noche del sábado último. Yo era, según usted aseguró, la causa principal de su matrimonio... fueron mis extraordinarios méritos los que le dieron una idea tan excelente de mi sexo, que todas sus objeciones contra el matrimonio se disiparon instantáneamente, como niebla que disipa el sol... Está bien, y acepto su galantería con tal que me permita usted cumplir con los deberes que me impone, pues hago cuestión de honor el que se realicen las esperanzas que le hice concebir. Quiero que tenga usted un hogar feliz. Usted dirá que ya es tarde: no lo creo y espero demostrarle lo contrario, pero es indispensable que usted me ayude concediéndome su confianza y su buen deseo; es necesario también que, en caso de necesidad, pueda exigir de usted algunos sacrificios... Por ejemplo, (y sirva esto de sondeo) ¿está usted dispuesto, apesar de ser un parisino completo, á viajar un poco fuera de Francia cuando yo lo juzgue oportuno?»

El señor Rias á la señora de Lorris.

«Sí, si usted me acompaña.»

La señora de Lorris al señor Rias.

«Usted no me perdona, según parece, el haberme declarado noches pasadas en favor de su mu-

jer, y quiere usted vengarse. Yo también me vengaré como pueda. No tengo inconveniente en decirle que nuestra última entrevista me inspiró una gran simpatía hacia usted, y que me conmovió su acento melancólico y sincero. Empezaba á creer que me equivoqué al considerarle responsable único de sus disgustos domésticos. En una palabra: no era solo por cariño á María, sino también por la estimación que usted me inspira, por lo que le ofrecí mis humildes servicios; pero ahora solo me resta pedirle que me dispense.»

El señor Rias á la señora de Lorris.

«Querida señora; Estoy avergonzado de mi tontería. Me hallaba bajo el peso de la impresión de que estaba usted vendida al enemigo, cuyos intereses defendía. Y esto supuesto, convenga usted conmigo en que su proposición, un tanto brusca, invitándome á viajar por el extranjero, no era la más apropiada para sacarme de mi lamentable error.

Vuestra cariñosa carta me rinde, en absoluto, á su voluntad. Ya no bromeo, ni discuto: escucho y obedezco. Creo que, incitándome á expatriarme, me da usted un excelente testimonio de cariño. Ahora confesaré usted, que es imposible extremar

más la confianza y el respeto. Espero sus órdenes y arreglo mis maletas.»

La señora de Lorris al señor Rias.

«Todavía se muestra usted algo brusco... ¡pero, en fin, se somete usted!... y eso me basta.

Renuncio, caballero, á ese estilo frívolo tan impropio de mis pensamientos y de los de usted. Ya comprenderá usted que soy depositaria de todos los secretos de su mujer, y sé que con ella ha empleado usted palabras muy graves, muy ofensivas y, permítame usted decirselo, muy imprudentes. Después de una escena semejante y supuesto el estado de ánimo en que estaban ustedes dos, ¿no cree usted que la vida íntima era difícilísima entre ambos, y que solo serviría para enconar las heridas y hacerlas irremediables? ¿No cree usted que importa dejar que el tiempo borre los resentimientos y les revele á ustedes sus respectivos errores? Le suplico que medite en esto. Su mujer regresará á París dentro de ocho días. Le he oído decir á usted en diversas ocasiones que le era indispensable hacer un viaje á Inglaterra para sus investigaciones históricas, pero que no tenía usted ánimos para decidirse. Ahora yo le ruego que tenga ese valor que siempre le ha faltado: abriga la profunda convic-

ción de que en ello está interesada la felicidad de su vida. Durante su ausencia yo me encargo de su mujer: vivirá en su casa, ó en la de su madre, como usted quiera, pero nuestra vida será común. María siempre ha sido digna de usted, estoy segura y lo sostengo, pero eso no basta, puesto que usted no la ama tal como es... ¡Pues bien!... yo haré cuanto queda para que encuentre usted en ella á la mujer de sus ensueños; es decir, una mujer de marino, ¿no es eso?... Únicamente, si quiere usted conservar á su esposa tal como pienso devolverse-la, tendrá usted la bondad de modificar un poco sus costumbres. Acerca de ésto tengo ideas que necesito madurar largamente, y que ya manifestaré á usted en su tiempo y razón.»

El señor Rias á la señora de Lorris

«Querida señora: Acepto la prueba, de la que espero no mi dicha, sino mi rehabilitación. No tardará usted en convencerse de que hay locuras incurables que desaniman y desesperan aún al cariño más paciente: entonces me hará usted justicia y no sentiré el sacrificio que ahora me impongo si con él reconquisto la amistad de un corazón tan delicado y tan generoso como el suyo.

Dentro de dos días salgo para Londres.

Deseo que la señora de Rias continúe viviendo en su casa, y únicamente ruego á la señora de Fitz-Gerald que alguna que otra vez me dé noticias de mis hijos.»

La señora de Fitz-Gerald al señor Rias.

Londres, Hotel Clarendon.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO"

Paris, octubre.

Mi querido Lionel: Ahí le envío los últimos retratos de sus hijos, que siguen perfectamente. Los dos tuvieron una formalidad impropia de sus pocos años; el fotógrafo estaba admirado; era un polaco cuyo nombre no me comprometo á decir. La duquesa nos le recomendó. ¡Pobre mujer! Me desespero viéndola con su primo Pontis. El duque está completamente ciego, lo cual, después de todo, casi es mejor. Pero hablemos de vuestros queridos niños: son dos prodigios de inteligencia y de hermosura. Me quitan muchas penas y esto, amigo mío, ya lo puede usted comprender. Supongo que vuestra famosa obra estará muy adelantada, y tanto mi hija, como yo, nos alegraremos mucho de oírsela leer pronto: será delicioso. Este invierno pensamos salir muy poco. Mi hija no se separa de

su prima Luisa. Parecen Pablo y Virginia; ahora están leyendo á Mme. de Sévigné. Ya nadie escribe como aquella mujer.

¡Adiós, amigo mío! ¿Cuándo volveremos á verle?»

El señor Rias á la señora de Fitz-Gerald. En París.

Londres.

«Dispéñseme usted, querida señora, pero su encantadora carta demuestra que ahora se escribe como en tiempos de Mme. de Sévigné. Las mujeres escriben en virtud de una intuición maravillosa que ningún arte puede igualar, ni aún el de vuestro fotógrafo polaco. Tanto como su carta me han gustado los retratos, y por todo ello le doy las gracias más expresivas.

¿Desea usted saber la época de mi regreso?... Acerca de esto la señora de Lorris puede informarla mucho mejor que yo. ¿Estoy aquí por dos meses ó por diez años? ¿Debo hacerme súbdito inglés? Solo ella lo sabe.

Beso, querida señora, con el más cariñoso respeto, las manos más bonitas del mundo. No hay nada semejante en Inglaterra.»

La señora de Lorris al señor Rias.

París, noviembre.

Caballero: me han dicho que deseaba usted saber lo que duraría su estancia en el Reino-Unido. Nada más natural, pero yo no podía, como usted comprenderá, precisársela de antemano, porque esto dependía del éxito que yo obtuviese en la obra que había acometido. A Dios gracias, vuestra simpática mujer es tan docil, que desde ahora puedo asegurarle á usted que su destierro solo durará algunos meses... tres ó cuatro, ¿quiere usted?... Pongamos seis, porque siempre es conveniente consolidar las cosas.»

La misma al mismo.

París, diciembre.

Se engañaría usted, caballero, suponiendo que su mujer y yo nos pasamos la vida sumidas en la

austeridad de un claustro; porque, si he de decir verdad, somos dos viudas muy aficionadas á verlo todo. Correteamos por París como si fuésemos dos provincianas y hemos descubierto cosas muy notables... Por ejemplo, el museo del Louvre, el museo de Cluny, el museo de Carnavalet... ¿qué sé yo?... Algunas veces nos extralimitamos hasta el museo de Saint-Germain, después de almorzar opíparamente en el pabellón de Enrique IV. Solemos llevar un *cicerone* muy servicial y muy instruido, (pero muy poco seductor, puede usted creerme) que nos enseña, explica y traduce todo... De este modo vamos recordando paulatinamente algunos conocimientos que, francamente, teníamos muy olvidados. Repasamos nuestra historia, nuestra geografía, la retórica y aún la filosofía, como en un gran libro ilustrado, y viajamos á través del tiempo y del espacio como si tuviésemos alas, yendo desde la edad de piedra al siglo de Luis XIV, desde las habitaciones lacustres al hotel de Rambouillet, y apreciando bien las diferencias.

Tenemos, sin embargo, mucho que hacer en nuestra casa, para que podamos salir diariamente. Es necesario empezar la educación de nuestros hijos. Un poquito de alfabeto, un poco de piano, un poco de historia sagrada, eso por ahora: pero después, cuando tengan más capacidad y nosotras también, ya lo haremos mejor. Tenemos, además, nuestras flores: á María se le ocurrió desocupar los invernaderos de Fresnes para llenar su casa de flores y arbustos, desde el sótano hasta las bohardillas. Todas las plantas se renuevan dos veces á

la semana, porque sino se estropean: las ponemos, las quitamos, se las riega, las limpiamos con una esponja y huelen mejor. Pero lo que huele mejor aún es nuestra lencería... ¡qué cosa tan bonita es una lencería, caballero!... Se volvería usted loco con la suya. Seguramente se arrodillaría usted delante de esos grandes armarios de cristales en donde se apilan las ropas blancas como la nieve: los montones están atados con cintas azules y perfumados con bolsitas de color rosa que exhalan un olor de iris que recuerda á nuestras empolvadas tataradeudas. En fin, que en nuestra casa hay una limpieza y un orden extremados. Le hago á usted gracia de los detalles, pero por los apuntados comprenderá usted que le tenemos afición á nuestro hogar. Si quisiera darle cuenta detallada del empleo que damos á los días, sería preciso que refiriésemos nuestras obras de caridad: pero, si hablamos de ellas, ¿dónde estará su mérito?

Las noches las consagramos á las bellas artes; teatro, música y literatura, de todo un poco. Cuando volvemos de Versalles vamos á Saint-Simon; á las señoras de Sévigné ó de Lafayette cuando salimos del hotel Carnavalet; si queremos soñar repasamos una novela de Jorge Sand, y si dormir, un periódico cualquiera.

¡Pero, cómo!—me dirá usted;—¿no se ocupan ustedes de trajes, de bailes, fiestas y reuniones mundanas?... Dispénsame usted, querido Lionel: también hay un poco de todo eso; somos mujeres de sociedad y no queremos dejar de serlo, aunque solo fuese por no dejar de agradarle usted, porque

á usted le gustan mucho las matronas hacendosas... siempre que tengan las manos blancas, las uñas sonrosadas y los vestidos bien cortados. Nos presentamos, pues, en el mundo, en horas determinadas: sabemos que el mundo es un placer lícito, pero del cual no puede abusarse sin riesgo de caer en el vicio. Por consiguiente, no abusamos, y concedemos á las diversiones mundanales la parte accesoria que deben tener en la existencia de una cristiana distinguida, y nada más.

A usted, caballero, le costará trabajo creer en una metamorfosis tan brusca y tan radical de los gustos y aficiones de su mujer; y lo sería, en efecto, si no se explicase por una razón secreta que usted ignora, que yo debiera callar y que es la siguiente: Hay un hombre á quien María desea complacer, encantar, regenerar y esclavizar... y ese hombre, primo mío, me parece que es usted, aunque indigno.»

La señora de Lorris al señor Rias.

Marzo.

«Todo ha concluido ya, caballero, y dentro de algunas semanas puede usted volver á Paris. Me ha conmovido la leal y paciente resignación con

que ha soportado usted su sacrificio hasta el último instante. Agradezco lo mucho que su confianza vale y he hecho todo lo posible para corresponder á ella. Ayudada por los consejos de mi querido hermano, á quien debo lo poco que valgo y lo que usted estima en mí, he procurado prepararle á usted una paz larga y estable. María me ha favorecido con toda su inteligencia y todo su corazón. Ahora solo he de suplicarle á usted que haga lo mismo que ella, y ésta es la parte más difícil de mi empresa, porque exige de mí una audacia y una franqueza que espero me perdonará usted.

Mucho tiempo antes de que me hubiese usted honrado con su confianza, su matrimonio ya era para mí objeto de graves y prolijas cavilaciones. El mal giro que tomaba me entristecía mucho, turbando mi buen sentido y desconcertando y alarmando mi lógica y mi piedad. Conocía á María como á mí misma, también creía conocerle á usted, y no podía ver impasible que la unión de dos seres dotados de excelentes cualidades y dispuestos, uno y otro, para la dicha y el bien, fuese plantío ubérrimo de rencillas y desórdenes. Si un matrimonio contraído en aquellas excepcionales condiciones de conveniencia y armonía provocaba un desastre, era preciso renunciar á todo y la institución quedaba condenada. Esto era lo que me resistía á creer; hasta que afortunadamente, en vez de torturar mi pobre cerebro en estériles disquisiciones, he llegado á convencerme de que los disgustos del matrimonio no deben achacarse á la institución, sino á los cónyuges, y, particularmente, lo digo sin rebozo, al marido.

¡Toma!... Ya sé que la educación que reciben las mujeres francesas es muy superficial, frívola, exclusivamente mundana, y que están muy mal preparadas para la misión, harto grave, de la mujer casada: todo esto se lo concedo á usted pero, apesar de ello, me atrevo á asegurarle que en tésis general todas son, moralmente, superiores al hombre con quien se casan y más capaces que él de tener las virtudes domésticas. Y voy á explicarle á usted la razón: es porque las mujeres sienten con mucha más intensidad que ustedes la virtud soberana del matrimonio, que es el espíritu del sacrificio; pero las es muy difícil prescindir de todo, cuando el esposo que tanto les exige, no renuncia á nada.

Usted creía, caballero, ser un modelo de maridos, y en ciertos conceptos lo era usted, yo así lo reconozco; pero como casi toda la multitud casquivana de casados, tenía usted una idea muy precisa de los deberes que el matrimonio impone á su mujer, y una noción muy vaga de los de usted. El matrimonio no es un monólogo, es un diálogo, y usted había estudiado solamente un papel, que no era el suyo. Usted es demasiado sincero para negar que el matrimonio se reducía, á sus ojos, en añadir á los placeres de su vida el agradable aditamento de una mujer honrada y graciosa que embelleciese vuestro hogar, perpetuase vuestro apellido, y le diese, sin causarle grandes molestias, un poco más de respetabilidad y de dulce sosiego. Usted, como todos los de su sexo, se afanaba mucho buscando en París, en provincias, en China,

esa mujer maravillosa que debía aceptar todos los sacrificios y no exigir ninguno. Pero ni usted ni nadie la encontrará, porque esa *rara avis* que sueñan ustedes, (de la mujer casera) supone un pájaro mucho más raro aún: el hombre casero.

¿Y á qué se llama un hombre casero? Un hombre casero no es aquel que se pone á bordar sentado á los pies de su mujer, dispone los platos que han de servirse en cada comida, escribe las invitaciones, prepara los quinqués y arregla los relojes. Nosotras llamamos hombre casero á aquel con quien leemos el mismo libro, con quien asistimos al mismo espectáculo, con quien admiramos el mismo cuadro ó el mismo paisaje; aquel que nos forma una vida intelectual y moral junta á la suya, ó por mejor decir, en la suya misma; el que nos asocia, si no á todos sus quehaceres, sí á todos sus ocios, y que no reserva, por consiguiente, ningún gusto, ningún placer, ningún interés del corazón ó del espíritu, del que no quiera ó no pueda dejar de hacernos participar; el hombre, en fin, que al casarse, vierte francamente toda su ternura en su hogar, sin reserva alguna egoísta. Sea usted ese hombre y conseguirá ligar á su esposa á ese hogar, conforme usted se va ligando. Ese hogar no estará únicamente en su casa, sino que irá con usted por todas partes, como un altar doméstico; estará donde quiera que usted se halle, en el corazón de usted y en el de su mujer, y siempre que confundan ustedes en cariñosa intimidad vuestros pensamientos, vuestras impresiones, vuestros entusiasmos, vuestras creencias y vuestra caridad.

Ciertamente, Dios mío, que el matrimonio es una empresa que promete beneficios de inestimable valía, pero también tiene un pliego de condiciones: ¿lo ha oído usted? Temo que no, porque entonces hubiera usted visto que una gran parte de la educación de la mujer incumbe á su marido, que debe modelarla á su gusto, formándola conforme á sus aspiraciones y dignificando los sentimientos de un corazón joven y de un espíritu dócil que están deseando agradarle; y hubiera usted comprendido que es prudente y encantador añadir á los lazos que unen á la mujer con su marido, aquellos otros que ligan al discípulo con su maestro, con su mentor, con su guía, con su amigo.

Ya le oigo decir á usted, que ese espíritu dócil y ese corazón joven se sustraían á sus cuidados, oponiéndole su educación fútil, sus disipadas aficiones, la vanidad, la coquetería... en suma, la incurable frivolidad de las mujeres. Pero yo, caballero, no creo en la irremediable frivolidad femenina, ni usted tampoco, puesto que los dos estamos viendo diariamente que esa frivolidad incurable se transforma bajo el influjo del amor, de la piedad, de la fé y de la desgracia, en sacrificios austeros y en abnegaciones ilimitadas. ¿Por qué, entonces, no cedería también á la dulce autoridad de ese primer cariño que tan decisivo poderío tiene sobre el corazón de la mujer y que reaparece, mientras vive á despecho de sus ultrajes, de sus resentimientos, de sus venganzas y de sus remordimientos?...

Confiese usted que eso no lo ha intentado. Usted creía que esa niña que acaba usted de desposar,

iba á metamorfosearse bruscamente, de la noche á la mañana, y por la sola virtud del sacramento, en una mujer perfecta. ¡Y bien, no señor!... Porque ese milagro usted era quien tenía que hacerlo.

Estoy, á Dios gracias, concluyendo mi sermón. Dispénsame usted, pero dígnese estudiarlo en estos últimos días de destierro, y seguramente perfeccionará usted la obra que mis débiles manos acababan de bocetar aquí.»

La señora de Rias al señor Rias.

Abril.

«Ha creído usted oportuno, mi querido Lionel, interponer entre nosotros un periodo de recogimiento y de silencio, y aunque me he resignado hasta el último momento, no quiero que vuelva usted sin antes enviarme una frase dictada por mi corazón. Espero que desde hoy en adelante estará usted más satisfecho de su fiel y amante esposa,

María.»

—«A no ser que usted me diese contraórden, pienso instalarme en Fresnes el primero de Mayo. Allí le esperaré y de este modo podré conservar la sociedad de mi querida Luisa que para entonces se establecerá en el Pabellón con su hermano.»